

*La globalización realmente existente, seriamente cuestionada**

M. MARTÍNEZ CHICHARRO**

Las críticas a lo que se ha dado en llamar globalización no son nuevas, pero habían sido formuladas sobre todo por viejos resistentes de la izquierda tradicional y por jóvenes inconformistas; para el Sistema, en ambos casos, gente de poca monta, que por otra parte rara vez conseguían un hueco en los medios, al menos hasta que en 1999 los contestatarios salieron a la calle en Seattle.

Derrumbado en 1989 el tinglado de la Unión Soviética, el fundamentalismo del mercado(1), teorizado inicialmente sobre todo por la Escuela de Chicago y puesto en órbita en los ochenta

por el binomio Reagan/Thacher, prometía arreglar el mundo flexibilizando y desregulando la economía, pero el hecho de que el mundo no mejora está calando incluso entre los ciudadanos privilegiados de los países desarrollados.

La novedad, sobre todo a partir de Seattle, está en que a los mencionados críticos de poca monta se está incorporando gente de peso en el Sistema, entre los que es muy de destacar Stiglitz, un catedrático de economía con una sólida obra (premio Nobel en 2001), que en 1993 entró en el Consejo de Asesores

*Joseph E. Stiglitz. El malestar en la globalización. Taurus, 314 págs. Madrid 2002.

**Profesor de la Facultad de Bellas Artes (ICE).

Económicos de Bill Clinton —el cual llegó a presidir— y en 1997 pasó al Banco Mundial, del que fue economista jefe y vicepresidente senior casi tres años.

Esta última experiencia fue crucial: “... lo que vi entonces cambió radicalmente mi visión tanto de la globalización como del desarrollo” (pág. 11). Pocas líneas después, siempre en el prólogo, escribe:

“El intelectual francés Pierre Bourdieu ha escrito acerca de la necesidad de que los políticos se comporten más como estudiosos y entren en debates científicos basados en datos y hechos concretos. Lamentablemente, con frecuencia sucede lo contrario, cuando los académicos que formulan recomendaciones sobre medidas de Gobierno se politizan y empiezan a torcer la realidad para ajustarla a las ideas de las autoridades”.

Es cierto que Bourdieu, recientemente fallecido, incitó a los políticos “a comportarse más como estudiosos”(2), aunque su obsesión fue sobre todo que los científicos salieran de su aislamiento académico y orientaran a los políticos y a la opinión pública; justamente lo que está haciendo Stiglitz (no es éste su primer trabajo en este sentido). En cuanto a la segunda afirmación de la cita, plantea la duda de si llevará razón Bourdieu al pedir a los científicos que salgan de su aislamiento académico, dado que “con frecuencia” formulan recomendaciones que tuercen “la realidad”.

Esta andanada no impide que haya una educada lista de agradecimientos por la colaboración prestada a infinidad de académicos, políticos y otras gentes de muy diferente nacionalidad e índole, que de una forma u otra hicieron posible su libro.

Comienza éste con un buen resumen histórico sobre la globalización y las organizaciones internacionales reguladoras de la economía

mundial, para después analizar las bases ideológicas de los fundamentalistas del mercado y las consecuencias de su intervención, principalmente en Etiopía, Sudeste Asiático y Rusia, vividas en primera línea por Stiglitz.

En conjunto su libro supone una crítica ponderada del Banco Mundial, dura de la Organización Mundial del Comercio (en realidad, del egoísmo e hipocresía de los países desarrollados) y demoledora del Fondo Monetario Internacional, institución ésta hoy tan cuestionada en todos los niveles que está inmersa, al menos de boquilla, en un proceso de autorreforma.

Stiglitz acusa al FMI (como actualmente casi toda la prensa) de estar mediatizado por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y por el capital financiero, por lo cual sus objetivos difieren mucho de los iniciales, inspirados con mucho acierto por Keynes. Actualmente, dice Stiglitz, parafraseando no muy bien a Charles E. Wilson (General Motors), su lema parece ser que “lo que la comunidad financiera opina que es bueno para la economía global es realmente bueno para la economía global y debe ser puesto en práctica” (pág. 247). El frecuente intercambio de directivos entre el FMI y el capital financiero es muy sospechoso y Stiglitz no se para en barras:

“Stan Fischer, subdirector ejecutivo durante los episodios descritos en este libro, pasó directamente del FMI a ser vicepresidente en el Citigroup, el gran conglomerado financiero que incluye al Citibank. El presidente del Citigroup (presidente de su Comité Ejecutivo) era Robert Rubin, que cumplió como secretario del Tesoro un papel central en las políticas del FMI. Cabe preguntar: ¿fue Fischer generosamente retribuido por haber ejecutado fielmente lo que le dijeron que hiciese?”

No es necesario, empero, buscar la venalidad. El FMI (o al menos muchos de sus altos

directivos y funcionarios) creía que la liberalización de los mercados de capitales provocaría un crecimiento más rápido de los países subdesarrollados; lo creía con tanta firmeza que no necesitaba contrastarlo con la práctica, y otorgó escaso crédito a cualquier evidencia que sugiriese otra cosa” (pág. 261).

El malestar en la globalización no es un libro redondo. La mezcla de teoría económica — clara y asequible— con las descripciones y análisis de las catastróficas intervenciones del FMI, no está totalmente conseguida y en algunos aspectos el contenido resulta reiterativo, lo que no le impide ser un libro muy importante, tanto por lo que dice como por quien lo dice: un economista que aún reconocidos conocimientos con una rica experiencia personal.

Stiglitz afirma que tal y como se impuso “la liberalización de los mercados de capitales pudo no contribuir a la estabilidad económica global, pero abrió vastos mercados a Wall Street” (pág. 261) y que el objetivo de que los acreedores extranjeros cobraran sus créditos estuvo siempre por encima de los intereses de millones de trabajadores que carentes de un sistema de protección social quedaban en la miseria como consecuencia de las recomendaciones/imposiciones del FMI.

“Quizá el FMI no se haya transformado en el cobrador del G-7, pero claramente trabajó duro (aunque no siempre con éxito) para lograr que los préstamos del G-7 cobraran (sic)”. (pág. 262).

“Finalmente, fueron las políticas del FMI las que socavaron la estabilidad de (sic) largo plazo de la economía y la sociedad” (pág. 263).

Estas afirmaciones son, naturalmente, tremendas, pero Stiglitz quita hierro en otros párrafos que dejan claro que no siempre el FMI lo ha hecho mal. También deja claro que él no

es enemigo del mercado, aunque sintetice así el espeluznante resultado de la introducción del mercado en Rusia y del consiguiente saqueo del país por parte de los burócratas excomunistas:

“En 1989 apenas el 2 por ciento de los rusos estaban en la pobreza. A finales de 1998 ese porcentaje había trepado hasta el 23,8 por ciento, según el estándar de dos dólares diarios. Más del 40 por ciento del país contaba con menos de 4 dólares diarios según una encuesta del Banco Mundial” (pág. 196).

Rusia logró el peor de los mundos posibles: una enorme caída en la actividad y una enorme alza en la desigualdad. El pronóstico para el futuro es desolador: “la desigualdad extrema impide el crecimiento, en particular cuando da pie a la inestabilidad social y política” (pág. 198).

La cuestión está, naturalmente, en cómo, en qué plazos y hasta dónde se debe estimular el libre mercado y aquí, dice Stiglitz, no caben recetas de validez universal.

Por eso es muy cuestionable que el FMI crea que enviando a tres expertos —normalmente fundamentalistas del mercado— a un “hotel de cinco estrellas” del país en crisis, sean capaces en una semana de recetar un programa que lleve por el buen camino a su economía.

“Muchos de los errores en las secuencias reflejaron confusiones básicas tanto de los procesos económicos como políticos, confusiones particularmente asociadas con los seguidores del fundamentalismo del mercado. El FMI sostenía, por ejemplo, que una vez establecidos los derechos de propiedad (se refiere a Rusia), todo lo demás se seguiría de modo natural —incluyendo las instituciones civiles y las estructuras legales que hacen funcionar a las economías de mercado—” (pág. 103).(3)

“*Camino al futuro*”. Este es, en mal castellano, el título del último capítulo del libro, que en 38 páginas sintetiza las críticas y las propuestas de Stiglitz ante los problemas planteados. Comienza así:

“La globalización actual no funciona. Para muchos de los pobres de la Tierra no está funcionando. Para buena parte del medio ambiente no funciona. Para la estabilidad de la economía de mercado ha sido gestionada tan mal que —con la excepción de China, Vietnam y unos pocos países del este de Europa— la pobreza ha crecido y los ingresos se han hundido.

Para algunos la solución es muy sencilla: abandonar la globalización. Pero esto no es factible ni deseable...” (pág. 269).

“El problema no es la globalización sino el modo en que ha sido gestionada” (pág. 269).

Stiglitz señala que ya en la reunión de la OMC en Qatar (XI/2001), se han notado cambios, aunque dudosos:

“El FMI y el BM han cambiado su retórica, se habla mucho más de la pobreza y, al menos en el BM, hay un intento sincero de cumplir con su compromiso de ‘poner al país en el asiento del conductor’ en sus programas en muchas naciones. Pero numerosos críticos de las instituciones internacionales son escépticos. Según ellos los cambios responden simplemente a que las instituciones han percibido la realidad política de que deben cambiar su retórica si quieren sobrevivir. Estos críticos dudan que exista un compromiso real. No les satisfizo que, en 2000, el FMI nombrara como número dos a quien había sido economista jefe del Banco Mundial durante el período en el que abrazó la ideología del fundamentalismo del mercado” (pág. 270).

Pese a todo, “Creo que la globalización puede ser rediseñada para que haga realidad su buen potencial, y creo que las instituciones económicas internacionales pueden ser rediseñadas para garantizar que ello se logre. Pero para comprender cómo hay que rediseñar dichas instituciones debemos comprender por qué han fracasado de forma tan lastimosa” (pág. 270).

Estos rediseños, según Stiglitz, supondrán cambios en los derechos de voto de las instituciones, dominadas hoy por los países desarrollados (en el FMI, “los Estados Unidos ostentan un veto efectivo”), así como una mayor apertura y transparencia en su funcionamiento, ya que estas instituciones —como todas las financieras— son extraordinariamente opacas.

“El apego del FMI al secreto es natural: los bancos centrales, aunque son instituciones públicas, han sido tradicionalmente secretos. La comunidad financiera ve el secreto como natural —en contraste con el mundo académico, donde la apertura es la norma aceptada—. Antes del 11 de septiembre, el secretario del Tesoro llegó a defender el secreto de los centros bancarios *off-shore*. Los miles de millones de dólares en las Islas Caimán y otros centros parecidos no están allí porque los servicios bancarios sean mejores que los de Wall Street, Londres o Francfort; están allí porque el secreto les permite incurrir en evasión fiscal, lavado de dinero y otras actividades nefastas. Sólo después del 11 de septiembre se reconoció que entre esas actividades nefastas figuraba la financiación del terrorismo” (págs. 284/5).

“Fue irónico que las invocaciones a la transparencia provinieran del mismo FMI, que durante largo tiempo ha sido criticado por su falta de apertura, y del Tesoro de EEUU, que según mi experiencia es la agencia más secreta del Estado norteamericano (comprobé que incluso la Casa Blanca a menudo tenía dificultades para

obtener información sobre lo que estaba haciendo)". (Nota al pie de la pág. 286).

Sería muy prolijo reproducir todas sus propuestas reformistas, pero a lo dicho añadiremos tres temas de muy amplio eco. En primer lugar, la necesidad de aumentar la ayuda al desarrollo:

"En términos reales ajustados a la inflación, las sumas de la ayuda al desarrollo han venido realmente disminuyendo, y aun más tanto como porcentaje de la renta de los países desarrollados como de la renta per cápita de los países en desarrollo. Debe existir una base para la financiación de dicha ayuda (y otros bienes públicos globales) de modo más sostenido, libre de los caprichos de la política local en (sic.) EEUU y otros lugares" (pág. 303).

En segundo, su propuesta de intervención contra los perjuicios de la liberalización de capitales (en relación con la tasa Tobin, remite a diversos artículos especializados, entre ellos uno del propio Stiglitz, y advierte de que "subsisten significativos problemas en su aplicación").

Y, finalmente, la necesidad de avanzar hacia el "alivio de la deuda externa", en especial en determinados y sangrantes casos.

"La cuestión de la responsabilidad moral de los acreedores fue particularmente visible en el caso de los préstamos de la guerra fría. Cuando el FMI y el BM prestaron dinero a Mobutu, el tristemente célebre mandatario de la República Democrática del Congo, sabían (o deberían haber sabido) que el grueso de ese dinero no se destinaría a ayudar a los pobres del país sino más bien a enriquecer a Mobutu. Era un dinero pagado para asegurar que ese corrupto líder mantuviera a su país alineado con Occidente. A muchos no les pareció justo que los contribuyentes comunes de países con Gobiernos corruptos debieran pagar los créditos

concedidos a dirigentes que no los representaban (pág. 304).

El libro de Stiglitz está haciendo mucho ruido y ha recibido duras críticas de los fundamentalistas(4). Sin embargo, aunque no mencione la palabra socialdemocracia, cabe perfectamente encuadrar a su autor en lo que hace ya bastantes décadas así se denomina y que nada tiene de novedoso ni de subversivo. En este aspecto quizá los dos párrafos más significativos del libro sean:

"En mi propio trabajo —en mis escritos y posturas como asesor económico del Presidente y economista jefe del Banco Mundial— he defendido una visión equilibrada del papel del Estado, que reconozca las limitaciones y fallos de los mercados y también del Estado, pero que conciba a ambos actuando conjuntamente, como socios, siendo la naturaleza precisa de dicha asociación algo diferente según los países, dependiendo de los estadios de su desarrollo tanto político como económico" (pág. 275).

"Pero los países que más se han beneficiado (de la globalización) han sido los que se hicieron cargo de su propio destino y reconocieron el papel que puede cumplir el Estado en el desarrollo, sin confiar en la noción de un mercado autorregulado que resuelve sus propios problemas" (pág. 309).

En la misma línea intervencionista, abundan en el libro los razonamientos sobre la necesidad de regular tanto los mercados nacionales como los internacionales, con especial énfasis en su imperfección, tema éste que ha sido objeto de importantes aportaciones teóricas del autor.

Evidentemente, la política socialdemócrata es por el momento la única alternativa posible para detener o frenar el fundamentalismo de mercado que está conduciendo al nefasto aumento de las desigualdades sociales que se registra en casi todos los países del mundo, a

un consumismo ostentoso (inducido por la omnipresente publicidad) de las clases más o menos privilegiadas y a un deterioro medioambiental del que se habla mucho pero que de hecho se combate laxamente. A los que cuestionamos no sólo los resultados sino también los fundamentos del capitalismo realmente existente, el dirigido por los Estados Unidos con la habitual arrogancia de todos los imperios que en la historia han sido, esto nos puede saber a poco, pero no por eso dejamos de apreciar la contundencia y valentía de Stiglitz —que previsiblemente no volverá a tener cargos públicos como los que ha ejercido— y a asumir el contenido del párrafo que cierra su libro:

“Si vamos a abordar las legítimas preocupaciones de quienes han expresado su malestar con la globalización, si vamos a hacer que la globalización funcione para los miles de millones de personas para las que aún no ha funcionado, si vamos a lograr una globalización de rostro humano, entonces debemos alzar nuestras voces. No podemos, ni debemos, quedarnos al margen” (pág. 314).

Notas

(1) Esta es la expresión que emplea Stiglitz para calificar a lo que aquí se viene llamando neoliberales y me parece muy acertada. Liberal, además de que su campo semántico es mucho más amplio que el de la economía, tiene un significado demasiado valioso —y más en España— para dejar que se lo apropien unos fundamentalistas.

(2) Esta expresión es torpe. La traducción, paradójicamente firmada por Carlos Rodríguez Braun —un fundamentalista del mercado—, es mala, aunque inteligible. A destacar el uso a voleo de las preposiciones (especialmente indignantes son las “inversiones de largo plazo” y los “créditos de largo plazo”), así como el conseguido empeño en recordarnos continuamente que el original es inglés. En la página 255, empezando por arriba, leemos: “...y ciertamente si funcionaran cerca de lo bien que parecen estimar los fundamentalistas del

mercado del FMI.../Las prisiones por deudas del siglo XVIII pueden [pudieron] haber representado un fuerte incentivo para que los individuos no quebraran.../Veamos cómo [qué] podría haber hecho el FMI... para abordar.../Dejemos de lado por el momento la cuestión de si subir los tipos de interés...fortalecería el tipo de cambio (lo que en la vida real [realidad] no sucedió)/...al menos en Tailandia, la evidencia abrumadoramente sugiere que el daño... [en castellano las evidencias nunca sugieren, precisamente por ser no ya abrumadoras, sino superabrumadoras; ahora bien, acepto que esto va a cambiar, porque el mercado exige flexibilidad y competitividad y acabará imponiéndose la traducción barata de *evidence suggests*]/...el daño derivado de una caída adicional en el tipo de cambio sería [habría sido] menor”.

(3) Esta actitud del FMI parece propia del más vulgar marxismo: la economía es la clave de todo y determina la política, tesis muy familiar para los rusos, así como la de que ahora sí que se están sentando las bases del desarrollo futuro. Veremos cuándo recuperan el modesto nivel de vida que tenían después de setenta años de brutal e ineficiente dictadura.

(4) Sorprende gratamente en este sentido la buena acogida del libro por parte de Mario Vargas Llosa (“*La tortuga y la liebre*”, *El Nacional*, Caracas, 26/05/2002, accesible en Internet), un escritor que parece empeñado en poner su espléndida prosa al servicio de la más incondicional libertad de mercado y lo mismo da que hable del Perú —gran bronca a los arequipeños por oponerse a la privatización de las empresas eléctricas regionales (*El País*, 7/07/02)— que de Marco Polo (*El País*, 18/08/02), un artículo en el que sus literarios comentarios sobre su visita a la vendedora de las piernas largas de Korcula o sobre las maravillas que contó el gran mercader parecen un pretexto para hacer la más encendida apología del comercio y del mercado que he leído en mi vida.